



LENA VALENTI

EN

Los muertos no saben que lo son. Los imbéciles tampoco.

CUERPO

Dadme un respiro.

Y ALMAS

LA MEDIADORA

Me llamo Ada. Tengo veintinueve años y hace cinco que decidí venir a vivir a Besalú, un precioso pueblo medieval de la provincia de Girona. Me instalé en la casita que heredé de mi abuela, monté mi propia consulta de masajes y decidí emprender una nueva vida para dejar atrás las secuelas de un pasado lleno de tragedia.

Y no me va nada mal... Hasta que un problema de casi dos metros, con unos ojos negros enormes y una placa, me mete de lleno en una investigación en la que, sin querer, me han involucrado. La irrupción del Inspector Ezequiel me impulsará a enfrentar mis miedos y me obligará a abrazar el don que nunca acepté y a dejar de temer a la vida.

Y es que mi abuela tiene razón: no se puede vivir a medias. Y hay que temer a los vivos, no a los muertos. Y eso supone entender que una moneda tiene dos caras, que con el amor también viene el dolor y que sin caminantes no hay mediadoras.

Esta es la aventura de muchos, no solo la mía. ¿Me acompañas a cruzar el puente?

*Para mi madre Valentina, que me hizo entender que hay cosas que no necesitan ser vistas para que existan. Para Juan, que sé que me mira sonriente desde donde esté. Sí, tenías razón: te echo muchísimo de menos.*

## 1

## Para morir.

—**A**hí, nena. Ahí, sí. Detrás de la paletilla. Ay... ¡qué dolor! Es que no puedo ni respirar —me dice mi paciente.

—Es por la contractura que tiene —respondo procediendo manualmente a suavizar el nódulo muscular que palpan mis dedos.

—Pues como te iba diciendo... La Gertru le ha pedido el divorcio a su marido. Ahora, a los setenta años. Qué poca vergüenza... Para lo que le queda en el convento que se cague dentro, ¿no? ¿Ahora lo vas a echar de tu casa cuando el hombre necesita un taca-taca para caminar? Pobre Darío...

Miro el cogote de la señora. Está boca abajo sobre la camilla hidráulica. Tiene el pelo rizado y ya canoso. Doy gracias por haber desarrollado un piloto automático que me permite ausentarme del ruido y centrarme solo en la terapia.

Tengo una consulta. Es un pequeño despacho alquilado donde me he montado mi propio salón de masajes. Y donde te hacen pedicura y manicura con la misma facilidad con la que te recolocan los chackras. Bueno, te lo hago yo todo, mejor dicho. Te reubico los huesos porque soy osteópata, te hago masajes energéticos porque tengo titulación en otras terapias alternativas, y un poco de Reiki si lo deseas. Lo de las uñas es un más a más, porque se me da

muy bien. Soy una pluriempleada de mí misma. Y no me va mal.

Salí escarmentada de la última vez que intenté tener una socia. Hace dos meses de esto. Ana se llamaba. Svetlana, para ser más concretos. Sí, del Este. Yo no lo sabía, me vino con la historia de que era sueca. Pero no lo era, se lo hacía.

Ana solo tenía hombres en sus horas de trabajo y salían de su camilla como si no tuvieran ninguna otra preocupación más en la vida, excepto sonreír. Y yo tenía todo tipo de clientes, pero sobre todo yayas y yayos con jorobas, displasias y callos por pies, y no comprendía nada. Y niños con mucha escoliosis, pobrecitos míos. Mientras yo me quedaba a la población digamos de «riesgo», Svetlana se agenciaba a los demás que no entraban en ese rango. Los fichaba a todos. Hasta que solo pedían por ella.

Y entonces un día descubrí que hacía masajes con finales felices. Su final conmigo no fue nada feliz. Me tiró el cortauñas a la cara, y no me dio. Pero después me gritó «¡Sorra!» y me salpicó con cera caliente con tan mala suerte que un pegote se me quedó en la ceja derecha. Me juró por sus muertos que iba a acabar conmigo y me llamó *mosquita muegta*. Nunca más la volví a ver, pero me acordé de ella todos los días durante un mes, que fue lo que tardó en crecer mi ceja. Por un tiempo parecía un mimo escéptico con una ceja más arriba que otra, y eso que me la intentaba pintar. Pero es muy difícil reproducir una ceja perfecta. Ahora hay técnicas como la micropigmentación y la nanopigmentación y no sé qué tratamientos más. Pero hace un par de años no había nada de eso. En fin, yo era un cuadro. De Picasso.

Tengo veintinueve años. Me llamo Ada. Sin hache. Hace mucho que me mudé a Besalú, un pueblo de Girona. Aquí es donde vivo desde hace cinco años. Es un pueblo medieval, uno de los más visitados y fotografiados de España. Me mudé porque heredé la casita de mi abuela Ifigenia. Este

lugar parece estar congelado en el tiempo, y pensé que dejaría atrás el ajetreo de la gran ciudad y, sobre todo, los recuerdos.

A los veinticuatro años perdí todo lo que me importaba en un accidente de tráfico. A mi hermana mayor, y a mis padres. Fui la única superviviente de la tragedia. Un conductor borracho que llevaba un camión tuvo un choque frontal con nosotros. Íbamos a ir a cenar juntos esa noche a un gallego del centro de Barcelona que mi padre recién había descubierto.

Recuerdo la sensación de que algo malo iba a pasar, el resplandor de los focos delanteros del camión, una luz... Una potente luz que me cegaba y que no me permitía abrir los ojos. Y la voz de mi hermana que me decía: «Ada, vete. Tú no tienes que venir. Vete».

Desperté en una habitación vacía de hospital, con los ramos de flores de mis familiares y de mis amigos. Había estado una semana en coma.

Seguramente sea muy duro leerlo así. Incluso frío. Pero no hay un solo día que no llore por ellos y no recuerde que hubo una época de mi vida en la que, probablemente, era más feliz que ahora. Porque tenía un hogar.

Ahora solo me tengo a mí misma, y a un San Bernardo que la noche del accidente tenía dos meses y dejamos en casa durmiendo. Se llama Bicho. Y no puedo vivir sin él.

Así que me vine aquí a Besalú, en la Garrotxa, a empezar una nueva vida. Pero con el paso de los meses me di cuenta de que no era muy brillante venirse a vivir a un lugar tan turístico, a pesar de que aquí no somos más de 2500 habitantes. Ahora ya me he acostumbrado a los fotógrafos, a los guiris y a encontrarme con gente nueva casi cada día. Pero lo mío me ha costado.

Mi consulta no es muy grande. De hecho está nada más cruzar el puente Medieval de Besalú, por el que solo puedes acceder cruzándolo a pie. Es imponente. El pueblo en sí es magnífico y cualquiera con un poco de imaginación

puede llegar a visualizar a los caballeros de antaño paseando a caballo por sus estrechas callejuelas de piedra, los trovadores cantando en sus plazas y recitando sus leyendas y los mercaderes vendiendo en sus travesías.

—El otro día el señor Darío... —continúa Antonia.

*Es una pesada, dice su marido.*

Es un hombre mayor de barba blanca que me recuerda al abuelito de Heidi. Siempre entra con ella en la consulta. Tiene un gesto serio en sus ojos negros, y cara de agotamiento. Lo miro de reojo y lo ignoro. No quiero escuchar a ninguno de los dos.

Está de parte de Darío porque siempre me engañó con él, dice él mirándola con tristeza.

Detengo el masaje y lo miro fugazmente con sorpresa. No quiero hacerlo fijamente porque si detecta que le presto atención entonces entre los dos me acribillarán.

—No pares, nena. Que me hace bien lo que me haces... ¿Y dónde crees que duerme ahora Darío? Pues, pobrecito, en la calle. Pero soy una buena samaritana y, si le veo, le pienso decir que en casa tiene una habitación. No creo que a Jesús le importe.

Su marido niega con la cabeza.

*Siempre igual. Querida, Jesús sabe que todas las infieles sois pecadoras. Créeme, sí le importa.*

Casi se me escapa una risita, pero detengo mi impulsividad a tiempo.

—Aunque bueno, Jesús no tiene nada que decir porque soy la dueña de la casa —ella se remueve en la camilla—. Y siempre estoy sola.

*Como si nunca lo hubieras invitado a tu cama. Casarme contigo fue una tortura. Ojalá hubiera descubierto en vida que iba a ir al cementerio de animales por los cuernos que llevaba.*

—Bueno —exclamo—. Ya está, Antonia. Quédese tumbada unos minutos y relájese.

—Pero...

—Relájese y no hable —cubro su espalda con una toalla caliente y poso mi mano entre sus omóplatos—. Solo quédese en silencio.

Jesús se queda al lado de ella, mirándola fijamente, estoico. La luz cálida de pie que coloco sobre la camilla lo alumbraba levemente y la imagen en sí pone la piel de gallina. Las velas de alrededor con aroma a hierbabuena titilan cada vez que Jesús se mueve.

—Nena, hay corriente aquí —dice la señora Antonia.

Yo me alejo y salgo de la consulta. Cierro la puerta tras de mí con suavidad y dejo la música relajante puesta.

No. No hay corriente. El frío viene de su difunto marido, que la sigue a todos lados. Jesús siempre está a su lado. Y lo sabe todo de ella, de sus infidelidades y de lo que quiere hacer. Pero el hombre no sabe cerrar la etapa e irse. Porque ella no se lo permite. Lo tiene siempre en la lengua y lo hace esclavo de ella.

Os voy a hablar de lo mío.

No sé cuántos o cuántas creeréis en todas esas personas que tienen otro tipo de sensibilidad y percepción y ven cosas donde no las soléis ver vosotros. No hablo de los que pueden ser paranoicos o tengan algún tipo de antecedente patológico psicológico. No. Es decir, yo detecto a leguas a los que hace tiempo que perdieron el equilibrio. No me refiero a ese tipo de personas.

Me refiero a esas personas que sabes que cuando tienen una intuición pocas veces fallan. O que cuando te dicen que «hoy he soñado que...», te pones a rezar un Padre Nuestro aunque no te lo sepas.

Yo soy una de esas personas. No he sido así siempre. Era una persona normal. Hasta el accidente. Cuando desperté en el hospital solo había vacío a mi alrededor. Y frío.

Cuando me dieron el alta, dos semanas después de mi ingreso y volví a casa, algo había cambiado. Vivía en la Gran Vía, en un ático. No lo sabría explicar bien, pero era como si un velo se hubiera caído para mí y captara más cosas de las que allí habían en realidad. Pero no las podía ver. Oía voces y susurros que me dejaban tiritando debajo de la manta. Me ponía tan nerviosa que pasaba noches sin dormir.

Me hicieron todo tipo de pruebas buscando tumores o defectos neurológicos. Pero todo daba negativo. Los médicos y mi psicóloga me dijeron que era normal. Que los procesos traumáticos podían manifestarse de muchas maneras, con cuadros de ansiedades de picos muy altos que podían derivar en alucinaciones.

Pero yo sabía que no era nada de eso.

Había cambiado. Había regresado de la muerte. Y eso había abierto todas las puertas cerradas en mi cerebro y todas esas capacidades de naturaleza sobrenatural.

Veo muertos. Soy como el niño de El sexto sentido. Pero sin su cabezón y sin Bruce Willis. No podía estar en esa casa y tomé la decisión de ir a vivir a la casa de mi abuela Ifi. Y aquí entendí lo que me estaba pasando. Ella, que había tenido el don, después de muerta se quedó en esta casita cuidando de ella, esperando a que alguna de sus nietas fuera a vivir a la Masía alguna vez a hacerle compañía. Pero vine yo. Sola.

Se me presentó la primera noche. En la mesa, mientras yo cenaba. La casa de la abuela es una planta baja, de estilo rústica, como todas las casitas de por aquí. No es muy grande, pero tiene un pequeño jardín en el interior, con un banquito de madera súper cuco que recuerdo barnizar junto a mi abuelo cuando éramos pequeñas. Y tiene un balancín, una mecedora, un rosal precioso, una mesa con sillas de madera y una pérgola en una esquina. Es un rincón perfecto para descansar y tomar el aire.

Recuerdo que pedí algo de cena en el pueblo y cuando me senté en la mesita de la cocina, el silencio de esa casa no me molestó. Allí no había voces, no había miedo ni dolor. Solo paz y calma.

Bicho estaba a mi lado, sentado, deseoso de probar eso calentito que olía tan bien y que le hacía la boca agua.

—Ahora, Bicho. Ten paciencia —le decía.

Yo estaba a punto de retirar el papel de plata del bocadillo de tortilla de patata y pan de pagés que me había pedido, cuando escuché el movimiento de la mecedora. Fue curioso porque, me levanté sin terror ni sensación de frío, por eso cuando salí al porche donde da el jardincito y vi a mi abuela sentada en la mecedora, en vez de gritar o de quedarme sin aire, me senté en los escalones del porche, acongojada, con las rodillas bien sujetas contra mi pecho y apoyé mi mejilla en una de ellas para mirarla. Las lágrimas se me caían por la comisura de los ojos, pero no me atrevía a parpadear por miedo a dejarla de ver.

—Has tardado mucho en venir —me dijo mirando al frente con su rostro repleto de arruguitas de felicidad y su gesto bondadoso. Siempre llevaba su pelo blanco recogido en un moño bajo, pero los rizos se le salían por las patillas. Y era muy risueña y divertida—. Pensé que tú te mudarías aquí antes que ellos, por gusto, y no por necesidad —me miró con sus ojos compasivos.

—¿Abuela? ¿Eres real?

Ella continuó meciéndose y sonrió.

—¿Lo eres tú?

—Sí.

—Entonces, yo también.

Bicho salió a ver qué hacía y se quedó mirando la mecedora fijamente, hasta que mi abuela lo llamó, y este, obediente se fue hacia ella, para estirarse a sus pies.

Sí. Mi abuela era real. Mi perro la veía y yo también.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunté.

—Porque quiero estar aquí. Esta es mi casa. Además, hay que cuidar muy bien el rosal. Las rosas solo me escuchan a mí —dejó ir una de sus risitas adorables—. Y el cementerio es muy aburrido. ¿A ti te importa que yo viva contigo? —me preguntó pidiéndome permiso. Como si tuviera miedo de que yo le dijese que no.

—Abuela, esta es tu casa. Siempre lo ha sido. Por supuesto que te puedes quedar.

Ella asintió satisfecha al oír eso.

—¿Por qué puedo verte? Me están pasando cosas muy raras y... —me rompí y me puse a llorar. Noté un tacto frío sobre mi cabeza y cuando alcé la mirada ella estaba ahí. Podía sentir su mano, no como una mano física real, pero sí como una caricia.

—Puedes verme porque tienes el don. Eres una mediadora. Como lo fui yo. Vemos espíritus, cariño.

—¿Una mediadora? Pero nunca había visto... Creo que no quiero el don. No sé qué hacer con él.

Ella se sentó a mi lado y Bicho corrió de nuevo a sus pies.

—No puedes dar la espalda al don. Tarde o temprano tendrás que hacerle frente.

—Es demasiado... He perdido a mis padres y a mi hermana, solo yo sigo viva de ese terrible accidente. Y no quiero ver muertos. Quiero vivir.

Mi abuela volvió a mirar al rosal y suspiró.

—Yo estoy muerta pero vivo a mi manera —me contó melancólica—. Tú estás viva, pero no debes dejar que muera una parte de ti. Tienes que continuar adelante y aceptar lo que te está pasando. El don del mediador urge mucho en nuestra realidad.

—¿Y por qué no he podido ver a mis padres y a mi hermana? —le pregunté abatida. No había llorado así hasta aquel momento. Fue como si la conciencia y el peso de todo el dolor cayeran sobre mis hombros—. Ellos murieron pero no los oigo. No están aquí.

Mi abuela miró al cielo estrellado de Besalú.

—Tu abuelo vino a avisarme la noche que murió. Hace tiempo. Entró en la habitación, yo estaba dormida. Se acercó a mí, me dio un beso en la frente y me dijo: «Cuando te vayas, no vengas a buscarme aún. Tienes que quedarte, mi amor. Ada va a necesitar tu ayuda». Seis meses después fallecí —me explicaba con sus ojos azul claro fijos en las estrellas—. Nunca le expliqué a nadie el contenido del último mensaje de tu abuelo. Pero me quedé aquí. Porque sabía que ibas a venir. Lo que no sabía era cuándo ni por qué ibas a venir sola. Ahora ya lo sé —asume con pena—. Pero sé que ellos están reunidos con el abuelo. Si hay un cielo o un lugar donde vamos todos después de esta vida sin sentido, ellos estarán juntos. No sé cuándo me tocará regresar. Pero mientras tanto, voy a estar aquí, contigo. No te dejaré sola.

Vivo con el fantasma de mi abuela desde entonces. Ella me dijo que tenía el don de los mediadores. Porque ella lo había tenido. Que si no lo quería, debía ignorar a los espíritus a los que ella llamaba «caminantes» y nunca responder a sus palabras y evitar lo máximo posible el contacto visual directo con ellos. Que había unas normas a seguir.

Y así he hecho desde entonces. Los escucho, los veo, sé que están ahí. Algunos me dejan sensaciones desagradables y hacen que coja frío y se me ponga el vello de punta, y otros dejan un rastro de amor y de paz por donde van. Pero ninguno me deja del todo indiferente. Los espíritus son como las personas. Con claros y oscuros. Hay de todo.

En mi consulta hoy está el difunto marido de la señora Antonia, como ya os he dicho. Se llama Jesús. Y creo que sufrió mucho junto a ella, pero también se volvió adicto y dependiente de esa relación tóxica. Y sé a lo que está esperando. Está esperando a que la señora Antonia la palme, porque quiere que sea su rostro lo primero que vea al cru-

zar al otro lado. Hay algo vengativo y retorcido, algo que Jesús quiere cobrarse. Supongo que son sus infidelidades con Darío, pero mientras tanto, él sigue ahí. Velándola de alguna manera. Y cuidándola. Porque a pesar de saber la verdad, la sigue queriendo. Porque las almas no olvidan.

Después de cada masaje suelo dejar a mis clientes unos cinco minutos para que se tomen su tiempo y no se levanten bruscamente, o podrían marearse.

Cuando acaban los cinco minutos, vuelvo al interior.

La señora Antonia ya se ha vestido. En la pared, apoyado como si nada, está el señor Jesús, esperándola porque, al parecer, eso ha hecho toda la vida.

—Toma, nena. —Me da mis cuarenta euros.

Yo los tomo y los guardo en el cajón debajo de mi mesa escritorio donde hago las fichas de los pacientes con mi ordenador.

—Gracias. ¿Cómo se encuentra?

—Mejor. Mucho mejor cuando salgo de aquí. Entonces... ¿ves bien que invite a Darío a mi casa o crees que la gente del pueblo hablará de más?

La miro sorprendida y escucho a Jesús refunfuñar.

*Dile que sí. Que un día se le podría caer una lámpara sobre la cabeza, dice Jesús amargamente.*

Yo hago oídos sordos. No puedo inmiscuirme así en la vida de nadie.

—No soy nadie para dar consejos de ese tipo. Pero esto no es muy grande y aquí todos se conocen —fue lo único que le dije mientras miraba el calendario en el ordenador e ignoraba la mala leche de Jesús. Un fantasma enfadado provoca Poltergeist que después tengo que recoger yo. Y todo lo que hay en mi consulta tiene mucho valor—. Espero volver a verla en cuatro semanas, a ver cómo tiene las cervicales, ¿de acuerdo?

—Sí. De acuerdo. Gracias, nena.

Abro la puerta a pie de calle y espero a que se vayan. La consulta da justo a la vía empedrada de Navarra. Jesús sale siempre el primero, y se lo agradezco, porque me sabría mal cerrarle la puerta atravesándolo. Cuando se va la señora Antonia, abro las dos ventanas de madera de color azul y dejo que la consulta se oxigene. Los espíritus dejan su energía igual que las personas. Algunas son de las que te cargan la batería y otras te dejan sin pila. Las personas del perfil de la señora Antonia son del segundo grupo.

Cierro mi consulta a las ocho de la tarde. Suelo tener bastantes visitas y muchas de ellas vienen con «acompañantes», como Jesús. Porque la gente no lo sabe, pero arrastra su pasado y sus mierdas a todos lados, aunque no lo puedan percibir. Por eso mi ritual de limpieza es a diario.

La casa de mi abuela está en una de las callejuelas que da a la Plaza Mayor. Justo a cincuenta metros de ella. Voy hasta allí en bici. Es una Vía Veneto by Canellini. Venir en coche por Besalú y aparcar es una locura. Así que tengo el coche en el garaje y voy con mi bici verde menta a casi todas partes por el pueblo.

Entro en casa con ella y la dejo en el descansillo de la entrada. Bicho sale corriendo a saludarme y a ladrar feliz, dando vueltas sobre sí mismo. Lo primero que hago nada más llegar es sacarlo a pasear por el pueblo. Todos le conocen. Y a mí también. Tengo la gran suerte de que gozo de un muy buen boca oreja y no me falta clientela, y además, todos salen contentos de mi camilla. No con un final feliz, como les hacía Svetlana, pero sí satisfechos y cargados de energía positiva.

La panadería siempre me guarda el pan recién hecho para poder untarlo con tomate y añadirle fuet como me gusta hacer por la noche. Recojo el pan rústico, y compro algunas cosas que me hacen falta en la bodega y después Bicho y yo volvemos a casa.

Estamos a principio de junio y empieza a hacer calor. Los días tienen muchísima luz, y es maravilloso. Es la época

del año en la que menos caminantes veo.

Cuando dejo a Bicho, subo a ducharme rápido, y después, ya con el pijama, me voy a la cocina, que es uno de los lugares más bonitos de la casa. Porque tiene un gran ventanal que va hasta el salón, de arriba abajo, y que da al porche y al jardín. Así que la casa está muy iluminada por toda la luz y el verde que entra a través de los cristales. Las paredes son de piedra de masía, no lisa. La cocina no es vieja, es bastante moderna y de colores blancos y grises. Pero no tiene vitro. Tiene fogones de esos gigantes. A mi abuela le encantaba cocinar y tenía un horno industrial para hacer pan que, de querer, podría meter a una persona ahí adentro.

Estoy preparando la cena, cortando el fuet a trocitos y aderezando una ensalada. El olor a pan caliente me encanta. Estoy pensando que después continuaré con mi libro. No es ni una novela ni nada de poesía... Es un libro de consejos para aquellos que son como yo y pueden ver a los caminantes. Escribirlo me ayuda mucho a seguir mis propias reglas y a entender el mundo en el que están y en el que estoy.

—Deberías hacer pan —dice mi abuela a mi espalda.

Yo sonrío mientras sigo cortando el fuet.

—Prefiero que me lo hagan, estoy muy cansada de trabajar para hacer pan a estas horas. Muchos de los clientes de hoy me han dejado sin energía.

—Tienes un libro con muchas recetas ahí arriba —me señala la leja de madera donde hay libros de recetas y su antigua libreta con todas sus indicaciones para hornear—. Puedes hacer cosas deliciosas con eso.

—Sí. Pero prefiero comérmelas en vez de hacerlas —le guiño un ojo—. Te prepararía un bocadillo, pero los fantasmas no coméis.

Ella se cruza de brazos y se echa a reír.

—¿Has tenido visita hoy?